

MENCIÓN ESPECIAL A.D.R. (CATEGORÍA LOCAL)
I CERTAMEN DE RELATOS “VILLA DE CABRA DEL SANTO CRISTO”

VIOLÍN Y OBOE

Ayram Aleunam

Conducía deprisa, maldecía una tras otra las curvas de aquella estrecha carretera; debía estar ya muy cerca, pero tras cada giro no aparecía campanario alguno, muralla ni castillo que anunciara la proximidad de aquel pueblo perdido entre las montañas, sólo más curvas y paisajes desolados en la mañana fría.

–¡Maldito pueblo!, dijo en voz alta sorprendiéndose al romper su silencio, desde luego no era el mejor día para hacer este viaje, realmente no era un buen día para nada, no tenía otra opción, lo quisiera o no, con más o menos ganas era su responsabilidad y estaba en su agenda.

Hacía algo más de un mes que se había incorporado a su nuevo trabajo y una de sus funciones en el puesto era coordinar el movimiento asociativo de la provincia, estudiarlo y conceder las subvenciones; en principio le gustó porque no estaría sujeto a horarios de oficina, podría visitar lugares diferentes y lo mejor de todo, no tendría que soportar la compañía de los colegas del trabajo.

Otra curva más y sólo la carretera y a lo lejos las montañas; más cabreado que aburrido pulsó el play del CD, se arrepintió en cuanto empezaron a sonar los primeros acordes de guitarra y la voz aterciopelada y suave de la cantante.

–Era justo lo que me faltaba... aún resonaban en su cabeza las palabras que Eva le había dicho la noche anterior, al final había cedido a la insistencia de ella en quedar para hablar, estuvo más de una semana sin dar señales de vida, estaba confusa, preocupada y por los mensajes que le mandaba al correo, también muy enfadada.

Recordó su cara cuando él le dijo que siempre había soñado con una mujer como ella, pero no sabía explicar porqué, prefería estar sólo, como antes de conocerla. Ella lo miró conteniendo las lágrimas y le respondió: –sí, tal vez estés mejor sin mí, soy demasiado para alguien que se conforma con tan poco–. Le dejó allí en el restaurante, solo, acabándose la botella de vino recién descorchada.

–No me vas a presionar, ni vas a hacerme sentir como un idiota, no me puedes pedir nada que yo no quiera darte –dijo en voz alta, tal vez para hacer más creíble el comentario–. Pero enseguida recordó aquella primera mañana cuando la vio delante de la puerta de su

oficina sacando una taza de café de la máquina; pensó entonces que tenía clase, le gustó, para él una mujer era guapa, estaba buena o era un callo. Eva no se podía clasificar en ninguno de estos grupos, saltaba a la vista que no era un callo pero tampoco destacaba por ser guapa y por su forma de vestir la reconoció como ese tipo de chicas que se esconden con trajes rectos y faldas que no suben de la rodilla; tal vez porque no se sienten demasiado orgullosas de su cuerpo y no enseñan más que lo estrictamente necesario.

La decepción llegó enseguida, cuando descubrió que era psicóloga; odiaba a los psicólogos, siempre tan prepotentes y listos y aún más después de haberse visto obligado por las circunstancias que siguieron a su separación a ir a la consulta de uno de ellos, todos sus amigos y familiares le recomendaron asistir porque decían que estaba desequilibrado, deprimido, bebía en exceso y carecía de la más mínima dosis de sentido común. Aguantó el tirón un par de meses, los suficientes para advertir que con la terapia no conseguía más que indignarse cada vez que aquel tipo le hablaba de inmadurez y rebuscaba en las relaciones infantiles que había tenido con sus padres, ¡menudo sacadinero de pacotilla!

Cada día la veía acudir varias veces a la máquina de café y se sorprendía a sí mismo mirándole el pelo largo y rizado que imaginaba suave y agradablemente fragante, sus piernas cuando llevaba falda y la silueta de sus caderas que adivinaba cada vez que se agachaba a recoger el cambio y que prometían mucho más de lo que insinuaban. Disimulando hacía ver que estaba enfrascado en la lectura de algún documento cuando ella se giraba y él se reprochaba tal derroche de atención, a la vez que recordaba que era una maldita y condenada psicóloga. Andaba sumido en tales pensamientos cuando levantó la cabeza y la vio apoyada en la puerta de su despacho dando sorbos a su café.

—¿Quién es la que canta? —dijo ella, ¿es en portugués, no?

—Sí, contestó tratando de ocultar que su corazón latía más deprisa de lo que él hubiera deseado. —Se llama Ana Carolina, es brasileña

—¡Aja!, dio ella por respuesta.—¿Te gusta mucho esa canción, no? Todos los días tienes puesta la misma, la verdad es que suena muy bien; ya es la banda sonora de mi primer café de la mañana. Nunca la había oído antes.

—Sí, me encanta, no sé si es la voz o la música; desde que la descubrí la escucho a todas horas, no me apetece poner otra cosa, hasta que un día de éstos me cansé de oírla. La encontré por accidente, estaba bajando una canción de internet y por error salió una versión de ella y sin más se convirtió en mi "*Number One*", después he buscado toda su discografía.

—Suena a canción triste de desamor.

—Pues no sé, sólo me gusta como suena, no entiendo la letra, sólo palabras sueltas. En una canción lo de menos es lo que dice.

Eva se fue a su oficina con la cara alucinada por el espanto. Menudo tipo, ¡oye la música y no la escucha!. Había comenzado a trabajar cuando recibió un mensaje en su ordenador, decía: —Escucha y dime si tú puedes traducir algo. Miguel. Adjunto archivo sonoro.

Volvió a pensar en la carretera, uf!!! Menuda curvita.

–A quién se le ocurriría poner en el culo del mundo este pueblo, dijo mientras sonaba aquella canción y recordó que ella tenía razón, la canción era de desamor y fue un presagio de lo que pasaría después, esa música les unió; después llegaron largas conversaciones, correos escritos en largas noches de insomnio y leídos al día siguiente, miradas clandestinas, cenas. Aquel gélido invierno pedía calor y una noche de fiesta navideña decidieron que ya era el momento de dejar hablar a los cuerpos. Cada día su relación era un reto insuperable y siempre cumplía con creces las expectativas; era un manantial inagotable en el que no había silencio ni cansancio. Sintió una dolorosa punzada de culpa y arrepentimiento. Aborto en el recuerdo de las imágenes de aquella noche tomó otra de aquellas cerradas curvas de la carretera, estaba helada y resbaladiza, alcanzó a ver como se precipitaba por una pendiente, después sólo la oscuridad.

II

Se despertó y no veía nada, tenía una pastosa sensación de sequedad en la boca y un terrible dolor de cabeza. Estaba tumbado y era incapaz de moverse, se sentía mareado y desorientado; poco a poco fueron apareciendo imágenes difusas del techo, parecía atravesado por vigas de madera, intentó mover los brazos y sintió fluir la circulación por los dedos adormecidos; logró tocarse la cabeza y notó que la tenía vendada. Lentamente llegaron los recuerdos, iba camino de Cabra del Santo Cristo, –sí, debí salirme de la carretera, no me acuerdo de nada, ¿dónde diablos estoy?– Por el olor que empezó a notar pensó que debía estar muerto, sintió arcadas y no supo si era por el hambre que le agujereaba el estómago o por aquel hedor rancio que le envolvía, mezcla de sudor añejo, pocilga y water de hombres de bar cutre.

–¡Oiga!...apenas consiguió expresar un susurro ahogado.

–¿Hay alguien?, esta vez pudo emitir un sonido desarticulado y apenas audible; su pulso se aceleró y el pecho parecía no poder contener a su corazón y comenzó la desesperación y el miedo.

Intentó calmarse y respirando profundamente volvió a serenarse. Estaba tapado con unas pesadas y ásperas mantas, se destapó e intentó mover las piernas, tanteó el suelo para ponerse en pie, al primer intento cayó en tierra y no pudo levantarse.

Al instante oyó el estrépito que se organizó escaleras arriba, alguien subía, le habían oído. Miguel miró expectante a la puerta y aparecieron dos personas, un hombre y una mujer – esto debe ser un sueño – pensó al ver a aquellos personajes mirándolo tal como estaba tirado en el suelo y con una expresión más perpleja que la suya propia. No decían nada, lo miraban asustados, con aquellas pintas de aldeanos de película antigua: ella con faldón largo, mantilla de lana y pañuelo atado en la cabeza y él parecía que no podía llevar más remendados los pantalones, tan pobres y gastados –esto debe ser una pesadilla–, dijo esta vez en voz alta.

–¿Dónde estoy? Dijo Miguel en un tono que por primera vez resultó audible.

–En Cabrilla, dijo el hombre.

–¿Cabrilla?, ¿del Santo Cristo?, preguntó con una mirada de duda e incertidumbre.

Aquellos dos personajes se miraron espantados y ella se atrevió a decir:

–Al Cristo lo trajeron con vuestra merced.

–¿Quuuueé..., qué Cristo?–volvió a preguntar.

–El lienzo del Cristo lo trajo el arriero porque la mula que lo llevaba a Guadix reventó y a vuestra merced lo recogió en el camino donde le encontró tirado y sin sentido. Dijo que por la pinta debe ser un viajero que viene de muy lejos y que parecía perdido porque no vio montura ni carro alguno por el contorno.

–¿Montura? ¿mula? y ¿qué día fue todo eso?

–Hace tres jornadas de San Sebastián que llegaron vuestra merced y el Cristo.

–El Prior quiere venir a veros en cuanto despertéis, tenemos que avisar al Doctor Palomino –dijo la mujer– y salió corriendo de la habitación.

El tal Palomino llegó enseguida y se presentó diciendo:

–Soy el Doctor Palomino de Ledesma, prior de este Santo Lugar de Cabrilla– .Vestía sotana negra, gastada y pardusca con cuello blanco y un enorme sombrero de ala ancha en la mano.

–Necesito un médico, no un cura que además se llama Palomino, si tuviese ánimos para reírme– pensó desesperado al escuchar semejante nombre.

El cura se sentó en un rústico taburete al lado de la cama y preguntó por su estado y también si tenía hambre. Miguel dijo que estaba muy mareado y que sí, que tenía mucha hambre, comenzó a creer que llevaba tres días sin comer. Al poco subió una mujer más joven que la de antes, pero con el mismo aspecto y con un enorme tazón de madera lleno de leche y algo marrón que parecía flotar en ella. El cura le ayudó a enderezarse y a comer. Cuando acabó se sintió mejor, pero al mismo tiempo le aplastó como una losa la sensación de estar despierto; que esto no era sueño ni pesadilla y que todo aquello que estaba viendo era muy real. Volvieron a apoderarse de él la inquietud y la desesperación.

–Y usted ¿de dónde viene? ¿cómo se llama?, dijo el prior.

–Dudando un poco logró decir: –Mi nombre es Miguel, iba de viaje y parece que tuve un accidente, pero no recuerdo nada más; estoy muy confuso –había decidido que era mejor hacerse el tonto y ser él el que oyera y observara para saber a que atenerse y no decir nada inconveniente; bien podía estar en manos de una secta o algo peor–.

Volvió a preguntar – ¿dónde estoy?

–En Cabrilla , –otra vez la misma respuesta–.

–No recuerdo en qué mes estoy, ni el año–tanteó aterrorizado–

–Pues recién acabada la Pascua y comenzado este año del Señor de mil seiscientos treinta y siete, que ha bendecido Dios obrando el milagro que vos ya sabéis, me ha dicho Juan, el dueño del mesón que lo primero que hicisteis al despertar fue preguntar por el Cristo.

Cada una de las palabras que dijo el prior golpearon en su corazón e hicieron que latiera hasta sentir que le saldría disparado del pecho. Sus emociones iban de la incredulidad a la desesperación, 1637, ¿había oído bien? y eso del Cristo ya le estaba poniendo frenético. Si era una broma ya había llegado muy lejos.

–Pues no sé nada de ningún Cristo, he debido oír algo cuando estaba sin sentido, no tengo ni idea de lo que ha pasado aquí.

El prior lo miró con ojillos escrutadores, queriendo traspasar su mirada y saber si decía la verdad. Comenzó a contarle lo sucedido:

–Hace tres jornadas que llegasteis al pueblo; vino con vuestra merced el lienzo del Santo Cristo que traían desde Burgos y que según la voluntad de Dios quiso quedarse en Cabrilla y nos ha glorificado con un milagro que sucedió en este mismo mesón en el que le han dado hospedaje hasta que se recupere y pueda volver a ese lugar del que vino.

–Debe ser muy lejano –prosiguió tras una pausa interrogante– por vuestras ropas y manera de hablar no parecéis paisano de esta comarca, y las monedas que encontramos en su ropa no las conocí en ningún lugar que estuve, las he examinado bien, son españolas pero aquí jamás se vio una igual. Puedo distinguir en una la figura y el nombre de Cervantes y en otras de cobre más chicas aparece el Santo Lugar de Compostela, pero no las reconozco ni como trentín, escudo, real, maravedí, ni ardite, tampoco alcanzo a conocer el valor que puedan tener.

Menos mal que no llevaba ningún billete, suspiró un poco aliviado y se sintió muy incómodo porque le hubiesen registrado tan a fondo.

–¿No traía nada más?, –preguntó con ansiedad– la idea de su retroceso en el tiempo ya se le estaba mostrando como una realidad aplastante, increíble y miserable, pero muy cierta. Recordó el móvil, los documentos que llevaba, la cartera con el DNI, las fotos de sus sobrinos y las tarjetas de crédito, algo muy difícil de explicar si había sido visto por estas gentes. Era peligroso porque le empezaron a venir a la mente recuerdos de películas en las que se quemaba a las brujas y los herejes... mis clases de Historia –pensó– ¿qué puedo recordar?...Sí, están en plena Contrarreforma, extremadamente religiosos y temerosos de la ira de Dios; era importante no hablar demasiado.

–No, nada más, pero sus ropas y sus zapatos, nunca había visto nada parecido.

–Es la última moda de París, dijo en tono sarcástico, sin faltar mucho a la verdad y recordando lo cara que le costó su chaqueta de piel de “Vuitton”

–¿Ha estado en Francia?, –dijo el prior sin poder contener la emoción–.

–Sí...– recordó las vistas de París desde lo alto de la Torre Eiffel, que aún no se había construido, ¡qué ironía!...–

Hubo alguna visita más del cura en la semana que siguió; mientras tanto sufría por no tener fuerzas para levantarse. Estaba en un pueblo al que quería llegar una mañana, sólo que 368 años después. La curiosidad se mezclaba con el miedo a lo que le esperaba fuera, la ansiedad que le producía algo tan inquietante le quitaba la calma; a ratos lograba dormir unas horas llenas de malos sueños y al despertar la pesadumbre volvía a estar presente antes de llegar a abrir los ojos.

Todos los días le despertaba el canto de un gallo– Pavarotti le llamaba– esa mañana notó más ganas que fuerzas para intentar levantarse y lo consiguió a duras penas. Abajo María, la dueña del mesón, estaba con una sartén en el fuego, picaba y daba la vuelta a las migas; reconoció ese olor con el que llegaba el amanecer y sintió hambre. Comió con Juan, el marido; las mujeres estaban sentadas al lado del fuego.

–¿Y ellas? –curioseó incómodo– porque podrían acusarlo de egoísmo e inmadurez, pero no había en él ni un ápice de machismo.

–Ellas, cuando acaben los hombres –sentenció–

María, más comunicativa al irse el marido mostró presumiendo cómo podía coger la sartén con esa mano que antes llevaba muerta, –así mismo lo dijo–, mientras se hacía la señal de la cruz repetidamente. –Me habría gustado ver eso, es increíble el poder de la mente– fue la primera explicación que se le ocurrió pensar sobre el asunto del milagro.

El exterior le resultaba aterrador, se sentía como un explorador de documental, iría a la iglesia y allí podría investigar sobre el único nexo de unión que tenía con el momento en que se esfumó el mundo del que había venido: ¡el Cristo!. Notó que María, siempre humilde y callada, le acompañaba orgullosa; todos les miraban, ambos despertaban la curiosidad y por fin les veían aparecer. Por el camino sólo había una opción, andar por el barrizal o con un poco de habilidad –que ahora no era precisamente de lo que mejor andaba– saltar de piedra en piedra para no pisar el barro y los charcos pestilentes que había por toda la calle; aunque llamar calle a aquel lodazal ya era demasiado generoso. Se alegró al llegar a la pequeña y triste ermita que supuso era la iglesia pues tenía cruz y campanita. Allí andaba el prior recibiendo a los peregrinos que por aquellos días llegaban ya por docenas a pedirle al Santo milagros y sanaciones, como la que había llegado ya a sus oídos y se estaba extendiendo como la pólvora por todo el contorno.

El prior le recibió con alegría y orgullo contenido y comenzó a guiarlo. Con gran satisfacción mostró al viajero la imagen venerada, una pintura de un Cristo Crucificado que habían colgado de una de las paredes; sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo, era tan grande que tocaba el suelo y el techo de la diminuta capilla. La imagen de Jesús estaba pintada en fondo oscuro y llevaba un faldón blanco con puntillas de encaje y lo que más le sorprendió, tres huevos que parecían de avestruz a los pies. Esa fue su primera pregunta:

–¿Vuestra Paternidad –así escuchó que le llamaban los feligreses y se dijo aquello de “donde fueres haz lo que vieres”– qué sentido tienen esos huevos?.

–Hijo, el retorno a la vida tras la muerte, ¡la resurrección! –contestó en un tono exaltado.

Juntos continuaron en un ir y venir sin descanso de aquí para allá, hablando con unos y otros, bendiciendo y agradeciendo los donativos a todos y especialmente a los más adinerados, a los que se permitía una bendición especial tocando el lienzo para después rezar arrodillados mientras se santiguaban.

Hacia el medio día la afluencia de fieles disminuyó; cerraron la iglesia atravesando una tranca en la puerta y desde el interior pasaron a la vivienda del prior, era el edificio contiguo; accedieron directamente a una habitación grande que parecía ser despacho y comedor, estaba atestada de papeles y libros. Al verle hojear su biblioteca el cura dijo:

–Bien, veo que sabe leer y me place enormemente. ¿Cuál es su autor preferido?.

¡Uf!... mis clases de literatura del instituto, por fin me sirven de algo...–pensó angustiado reconociendo lo equivocado que estaba cuando era estudiante y pensaba que nada de lo que se veía obligado a estudiar le sería nunca provechoso–.

–Pues...veamos: Cervantes por supuesto,...Góngora...Quevedo, Lope de Vega y cómo no, el gran Pedro Calderón de la Barca –dio las gracias a aquel profesor tan raro que le hizo aprender de memoria los “*monólogos de Segismundo*” en el Instituto ¿era de aquella época? ¿no?– dudó. Vio la cara que puso el cura y notó la carencia de algún autor de talante más religioso y rebuscó en su mente algo más apropiado.

–Sin olvidar lo mejor, “*El cántico Espiritual*” y “*Noche oscura del alma*”, de San Juan de La Cruz, ¡glorioso!–dijo con exaltación y mirando de reojo al padre arriesgó:

–“ *Nada te turbe; nada te espante; todo se pasa; Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza...*”. Gracias mamá –pensó–, por las tardes

de adoración a la Virgen María en los mayos de la infancia. Tuvo el éxito esperado porque el cura prosiguió sin poder disimular su complacencia:

–*Quien a Dios tiene, nada le falta .¡SÓLO DIOS BASTA!*”.

–Magníficos versos, sabéis reconocer la sabiduría y la belleza, ¡Santa Teresa de Jesús!, sus obras se conocerán por siempre, mientras el tiempo y el olvido pisotearán a otros poetillas de medio pelo y herejes como ese tal Cervantes a los que en unos años nadie recordará.

–Ciertamente Padre –logró decir tragándose la risa que le producía saber que aquel año perdido del que vino, el 2005 estaba dedicado a celebrar el IV centenario de “*El Quijote*”, considerada una de las mejores obras de la literatura universal.

Palomino le invitó a comer. Consiguió convencer al cura de la necesidad de asearse un poco y pidió como un favor ver si encontraba la manera de conseguir ropa limpia y ya sentado a la mesa imitó al cura al ver que nadie servía ni había cubiertos de ningún tipo; desgarró como pudo el otro muslo del pollo con la mano y mordió con gusto; estaba delicioso y el vino que acompañó la comida no estaba mal...Los días anteriores sólo había comido, migas, legumbres y algún trozo de queso con un pan oscuro y compacto, acompañado todo de un sabor rancio que hacía imposible saborear nada. Esas pobres gentes no comen, distraen su estómago –lamentó.

–¿Cuándo pensáis marcharos?. –Preguntó el cura– y luego, al ver la cara de impresión de su compañero de mesa añadió:

–Disculpadme, no es mi deseo que os vayáis, todo lo contrario, aquí han de suceder pronto grandes acontecimientos y sólo no bastaré para atender a los penitentes que llegarán por millares; necesitaré a alguien que sepa de letras y números y me ayude en los menesteres de la parroquia que crecerá y se hará grande, ya ve la muestra –dijo señalando los restos del pollo asado– Ventrán a pedir al Cristo de Burgos y dejarán sus donativos; Cabrilla se convertirá en lugar de Santo Peregrinaje, construiré una hermosa iglesia, llegarán caminantes de todos los lugares de la Tierra y la fama del pueblo se propagará por todos sus confines. Agradecería vuestra ayuda si decidís quedaros.

Observó al padre mientras hablaba; notó el orgullo, la satisfacción y un punto de avaricia al expresar su visión. No estaba muy equivocado; antes de salir de viaje había mirado en internet una página web de Cabra del Santo Cristo y le llamó la atención la Iglesia, realmente bonita. Era evidente que el lugar no se había convertido en un lugar de peregrinación tan importante como en los sueños del cura, tal como lo habían sido Lourdes o Fátima.

Fueron tiempos de fervoroso culto a imágenes y reliquias; tales adoraciones llegaron a su máxima plenitud y apogeo por aquellos años, auspiciadas por la misma Iglesia que movía los hilos y después dejaba que el pueblo tomara parte activa en los acontecimientos.

Tras una pausa valorativa –que otra cosa podía hacer– aceptó la oferta.

El cura no disimuló su satisfacción, le dijo que nada le faltaría y ofreció su propia casa o si lo prefería, el corral contiguo en el que guardaba trastos de la parroquia y que podría servirle de cómoda vivienda independiente si lo adecentaban un poco. Aceptó el corral, no era cuestión de vivir con un cura.

Así lo organizaron, se despidió de los dueños del mesón que no admitieron pago alguno por los cuidados que le habían dado –agradecedlo a Dios– dijeron y tomó posesión de aquella cuadra que una vez limpia y con mesa, taburete, colchón de lana en el suelo y lamparilla de aceite no tenía mala pinta. Le gustó la chimenea, siempre soñó con tener una en su casa; a veces los deseos tienen una extraña forma de hacerse realidad.

La primera mañana en su nuevo aposento fue despertado por otro gallo, a este le llamó Plácido, porque su canto era más potente que el de Pavarotti, y además era domingo. No había actividad en la cocina del cura y llegó por fin el momento de lavarse en serio; notaba que ya nada olía tan mal, tal vez porque él apestaba más que nadie, se puso las ropas limpias que le consiguió el cura y en un momento apareció Palomino preso de la excitación abriendo la ventana que daba a la ermita y diciendo: –¡Mire!–.

En la entrada se arremolinaba ya una enorme cantidad de visitantes; habían pasado la noche caminando para llegar allí por la mañana, charlaban animadamente y compartían comida y bota de vino hasta que llegada la hora, comenzó a tañer la campana, que más bien parecía un golpeteo de cuchara en la tapa de una olla que otra cosa. El cura sin embargo estaba entusiasmado, daba paso a los peregrinos al interior y con una felicidad que no podía disimular decía a Miguel que le acompañaba: –¿Vio algo más glorioso en lugar alguno?.

Él, tan escéptico y descreído, se sintió asombrado observando a los aldeanos que se quitaban respetuosamente el sombrero al entrar; algunas mujeres ya no podían contener la emoción y lloraban ante la proximidad del Cristo. Vinieron a su mente otras ocasiones en las que había visto alguna celebración religiosa y nunca notó tanta fe ni devoción, por lo que dijo con un triste convencimiento – no, nunca vi nada más glorioso–.

Los días que siguieron pasaron lentos y ociosos; tenía demasiado tiempo para pensar y se sentía sólo y deprimido. Cuando estaba en un estado similar –casi todos los fines de semana en los que no había quedado con nadie– solía ir de compras a algún centro comercial, así se sentía mejor, adquiriría algún disco, un libro o cualquier aparato de tecnología

moderna que luego nunca usaba. Su satisfacción era fugaz pero llenaba los días lúgubres; aquí sólo podía leer, pensar y jugar con los niños que eran los únicos que se atrevían a acercarse a él llenos de curiosidad.

Los primeros trabajos que le encomendó el cura consistieron en apuntar la cuantía de las limosnas que dejaban los penitentes; en un libro las cantidades de dinero, en otro todas las demás ofrendas que eran variopintas y dependían del poder adquisitivo de los donadores; había huevos, velas, embutidos, pollos, puntillas de encaje y algún bordado para vestir el altar de la futura iglesia.

Los lugareños eran muy pobres y algunos le pedían que escribiera cartas para enviar al hijo que estaba con aquello de “poner una pica en Flandes”, o al que había partido a las Américas para salir de la miseria; en ellas les alentaba en su esfuerzo y relataba los acontecimientos. Ninguno sabía que poner y lo dejaban en sus manos; en casi todas había una muerte que contar, a veces un viejo, una prima parturienta y casi siempre un niño. Sisaba el papel al cura –bien escaso y caro en aquellos tiempos– y a escondidas “tocaba” las cartas de los que no tenían ni para dar limosna con la imagen del Santo Cristo. Le resultaba imposible no hacerlo; estaban deseosos e ilusionados por contar a sus familiares lo que había pasado en el pueblo, querían compartir el milagro y Miguel cumplía su promesa, al principio avergonzado de sí mismo, después comprometido con aquellas caras suplicantes. –Alguna energía positiva les llegará y no les vendrá mal– pensó.

Desde que le despertaba Plácido hasta el medio día tenía tiempo de sobra y la mayoría de los días, poco que hacer. Descubrió un placer inusual en el fuego, pasaba horas contemplando las llamas en un estado hipnótico, leyendo los libros del cura y aprendiendo latín –lamentó ahora no haber aprovechado las clases del instituto, convencido de la inutilidad de tal lengua. Era más tentador entonces buscar todas las artimañas posibles para copiar en los exámenes que les ponía aquel pobre y anciano profesor– Disfrutó de la reconfortante sensación de seguridad que le daba su refugio aquellos días tempestuosos y fríos o cuando dejó abierta la ventana para ver los últimos copos de nieve de aquel invierno que cayeron despacio una mañana luminosa sin viento, igual que las primeras lágrimas que no pudo contener y brotaron al fin aligerando su alma del dolor y la soledad que le oprimían.

Buscando aislamiento daba largos paseos; andaba despacio, sin rumbo fijo por los caminos y se acostumbró a la extraña paz que encontraba mirando los campos, las montañas, los pájaros. Ya no le sorprendía tanto silencio; miraba a los hombres que preparaban la tierra para la cosecha de cereales y legumbres que recogerían en verano, a ellos les gustaba parar para charlar un rato y contaban alguna historia que hacía reír a todos. Casi siempre en las conversaciones salían las mujeres; los labriegos tenían una enorme curiosidad por saber detalles de la vida en otros lugares, sobre todo si eran ciertos esos comentarios de los que alguna vez habían salido del pueblo y decían que las prostitutas eran baratas y lozanas –sí, buenas mozas hay– decía para alegrarles la conversación mientras añadía algún gesto obsceno que despertaba carcajadas desdentadas.

Tal como iban pasando los días fue descubriendo el orden de aquellas vidas. El campo regía los ciclos del trabajo y el descanso; la climatología mandaba sobre el recogimiento o la distracción, la luz sobre la actividad y el sosiego. En la sobremesa, cada noche charlaba un poco con el prior, tomaban un copita de vino dulce y asistía entusiasmado a la retahíla de

donativos que había recibido ya la parroquia, insistiendo en algunos de un valor muy elevado, estos eran los que hacían ver cada día más próxima la aceleración de las obras de la nueva iglesia. Miguel le alentaba y animaba, opinaba sobre como podría ser el edificio, lo describía tal y como recordaba en las fotos que vio, con una planta rectangular, capillas laterales y crucero, un enorme y magnífico retablo dorado –digno del lienzo– añadió. Tendría dos torres, una más alta y airoso con una cúpula redonda en la que estarán las campanas, y otra más chica, rematada con una esfera que le dará gracia y esbeltez –tal como he visto en otros lugares–dijo. El Doctor Palomino le puso en no muy grato compromiso al pedirle papel en mano, que realizase un boceto de la iglesia tal como él la imaginaba. Hizo lo que pudo– el dibujo no era lo suyo y aún no dominaba bien el arte de la pluma y el tintero– pero lo cierto es que quedó muy bonita, hasta añadió de su cosecha detalles que no recordaba. El prior casi no pudo contener la emoción y lamentó que él no podría verla terminada.

Apuntaba ya la primavera una mañana que salió a pasear y notó el aire fresco como una promesa de cambio que le llenaba de confianza y sacaba los pesares de su alma. Como cada día paró a beber agua en la fuente que estaba justo a la salida del pueblo, en la bajada de una empinada cuesta. Al incorporarse secándose la boca con la manga, su mirada se encontró con los ojos más increíbles que había visto nunca: verdes, enormes, con un brillo capaz de helar o derretir, impregnados de un desconuelo que escondía una chispa de alegría, interrogantes, curiosos y algo más que no pudo definir. Ella le miraba como si le traspasara, como si quisiera ver más allá de sus ojos; la contemplación duró unos segundos que parecieron eternos, hasta que ella bajó la mirada y puso el cántaro bajo el chorro de agua. Miguel siguió su paseo, despacio, volviendo atrás la vista para ver a la mujer que seguía agachada junto a la fuente, luchando contra la fuerza que le obligaba a regresar y hablarle. No la había visto antes, estaba seguro, era imposible que le hubiera pasado desapercibida. Todos los domingos el pueblo entero desfilaba por la ermita, había visto a todos –no eran muchos– no sabía como se llamaban pero él los conocía y los había bautizado: el de la de la muleta, el bizco, el inventor, el de la cara picada de viruela, la flaquita, el cavernícola, el de los ojos saltones...Cada habitante del pueblo tenía una cara, cada niño un nombre. Con los pequeños desarrapados había decidido hacer juegos educativos, escribir y dibujar en el barro de la plaza, cuando hacía sol y no tenía ninguna obligación que cumplir en la iglesia; comenzaron aprendiendo la inicial de sus nombres y poco a poco esperaba que aprendiesen a leer. El Doctor Palomino le decía cada vez que le veía ocupado en su labor pedagógica:

–Perdéis el tiempo en tales menesteres, son gente de campo y no son dignos más que de cuidar sus tierras, jamás serán otra cosa que labriegos y pecado es instruir a las mujeres, cuya única misión en esta vida es parir y obedecer al marido.

Evidentemente nada podía hacer más que seguir jugando con ellos y enseñando a los niños disimuladamente; a las niñas a escondidas, cuando el cura estaba ocupado o salía de viaje. Sentía especial predilección por una chiquilla, lista como ninguna, que siempre andaba sola y poco a poco se fue acercando a él y después al grupo infantil; demostraba interés y una curiosidad sin límite, hacía preguntas sorprendentes que le hacían dudar de si tal vez su ignorancia podría ser lo único que la salvara de la desdichada vida a la que estaba predestinada. Sintió el peso de los siglos como una desgracia para todas esas vidas, condenadas al olvido –son como las gotas de lluvia en el mar– se dijo, valorando más que nunca la

sensación de inmortalidad como un deseo de transgresión a la historia. Deseó acelerar el tiempo y pasar rápido las páginas de esas épocas oscuras, “*El Siglo de Oro*” –años infames, pensó iracundo– no sé quien vio oro alguno, tal vez los curas, los nobles y los reyes; los pobres nunca habían visto brillar ese metal.

Le hacía gracia la adoración que sentía el pueblo por sus reyes; imaginaba que pensarían si supieran en qué se convertirán las Casas Reales pasados unos siglos: matrimonios con plebeyos, divorcios, escándalos. Lo único que estaba entonces mejor visto eran las infidelidades reales, públicas, famosas y notorias –curioso–, pensó, tal vez era el desconocimiento del despilfarro y la mala gestión de tanto oro que llegó, del libertinaje, y de la podredumbre que imperaba en los salones de la corte lo que justificaba tal sentimiento y más aún, no sabían que se avecinaban peores tiempos; el gran imperio tocaba su fin y el hambre, las epidemias, los impuestos esperaban su turno para hacer más desgraciadas sus vidas –tal vez aquí estén resguardados, tienen sus campos y animales, también su Cristo de Burgos; el proveerá para todos...nosotros, se incluyó–, también iba en el mismo barco, aunque ellos no sufren de la misma forma que yo, no pueden comparar, no saben lo que pierden, tampoco les importa nada, todo es tradición y no se plantean que las cosas puedan ser de otra manera, son incapaces de pensar y decidir por sí mismos lo que está bien o mal, nunca han atendido a la razón.

Ahora cada mañana tenía un nuevo aliciente, una ilusión que le hacía levantarse contento y salir a la calle en busca de aquella mujer misteriosa; sentía la necesidad imperiosa de volver a verla, no sabía si era más curiosidad que otro interés que no podía valorar. La buscaba en las fuentes, por las esquinas, en las calles, seguía a cualquier mujer que se pareciera a ella, pero no la encontraba. Habían pasado los carnavales y todo el mundo festejó por las calles, se cantaban coplillas y el de la guitarra amenizaba los corros de gente. Él comenzó a pensar que debía ser un fantasma o una alucinación porque no la vio por ningún sitio. La búsqueda fue inútil hasta que unos días después la encontró en la fuente, ella levantó la mirada –¿fue una sonrisa lo que le pareció ver?–, no podría decir si la vio en sus ojos, en su boca o tal vez sólo la sintió en su pensamiento; cuando el agua rebosó del cántaro lo levantó y lo apoyó en la cadera, entonces se miraron otra vez.

–Soy Miguel,– dijo – ¿quién eres tú?

–Lo sé..., el viajero...–calló un momento–, mi hija me habla de vuestra merced, –con un suspiro añadió–: por “*la cuerpa*” me conocen.

–¿Cuerpa?, pero cuál es tu nombre...–.no pensó ahora en tratamientos al uso para las damas– .

–María Manuela– contestó, con una desconcertante y triste expresión, como si no se reconociese a sí misma por ese nombre.

Él recordó a aquella niña que era su alumna aventajada, se llamaba María Manuela; ella era su hija, la que cada día venía entusiasmada a aprender, para la que conseguía papeles inutilizados con algún borrón, escritos antiguos que tenían una cara en blanco, páginas de libros sueltas o algún grabado, cosas que ella recibía como el regalo más preciado que se pudiera imaginar y como un gran secreto se los guardaba y se los llevaba a casa para escribir con tizones de la lumbre las letras que aprendía.

–No es bueno que la zagala se ocupe en tales tonterías, no le servirán para nada, su vida será trabajo y miseria, igual que la mía; llenarle el seso de cuentos no le hará bien, bastante desgracia tenemos ya –dijo ella mientras se alejaba, sin que el tono de su voz segura y templada acompañase a la dureza de sus palabras–

Preguntar al Doctor Palomino fue lo que hizo a la primera ocasión que se le presentó, andaba el cura con sus cuentas cuando Miguel dijo distraídamente:

–Vuestra Paternidad, he visto a una mujer a la que se conoce como “*la cuerpa*”, pero creo que nunca vino por la iglesia y no sé nada más de ella, ¿vive en Cabrilla? Es muy raro que no acuda a honrar al Cristo ¿no?.

Como tocado por un resorte, el cura se incorporó y con el ceño fruncido dijo: –Guárde-se de esa pobre alma del diablo, lástima le tendría si no fuera por esas malas lenguas que afirman que anda con brujerías y pócimas, haciendo más grave aún su falta bebiendo aguardiente como no es propio en las mujeres–. Prosiguió ante la mirada interrogante de Miguel : –ella no hizo nada, fue el bruto del marido que perdió en una partida la prenda que había apostado, el alma de su mujer y la de todas las hijas que nacieran de su casta. Después de eso ella se guardó en su casa muerta de la vergüenza, como si no hubiera tenido ya de sobra con esconder los golpes que traía en la cara un día sí y otro también.

Pobre mujer –pensó abatido– la historia le había dejado helado. A estas altura ya se hacía una idea de lo que significaba en un pueblo tan pequeño ser señalada por algo así; la mentalidad era irracional y extremadamente supersticiosa, el castigo divino y el infierno eran para ellos los miedos más aterradores que podían imaginar; incluso el cura que era hombre de letras, tenía una visión del mundo y de las personas muy obtusa. Miguel pensaba que por desgracia había muchas cosas que no habían cambiado con el paso de los siglos, igual que en los tiempos modernos había intolerancia y fanatismo, a diferencia que en aquella época las personas no tenían opción, sencillamente porque no la había, la religión era una imposición que nadie ponía en duda; su poder era grande y la información que tenía el pueblo, nula. También el castigo era terrible para los que escapaban a sus dogmas, que se ocupaban de la fe y por desgracia también de la ciencia.

Después de enterarse de la historia puso aún más empeño en acercarse a “*la cuerpa*”. Aparecía en la fuente por la mañana temprano y al caer la tarde, algún día la veía a lo lejos, otros coincidían en el manantial pero no le decía nada porque había más mujeres que charlaban animadas y paraban la conversación en seco para mirarlo hasta que se iba doblando la esquina. Viendo que era imposible saber la hora en que ella solía ir a por el agua –no existía modo alguno de medir el tiempo– fue ajustando mentalmente el momento en que debía aparecer y a los pocos días, como llamados por algún mensaje telepático los encuentros se hicieron más corrientes; él se limitaba a verla llenar su cántaro y después a seguirla disimuladamente de lejos para ver qué dirección tomaba, otros días se hacía el contradizo por la calle por la que siempre se iba. Con esa táctica de acercamientos progresivos descubrió la casa en la que vivía, era la última de aquella calle.

Compaginaba su trabajo de escribano, contable y consejero de obras con sus paseos y persecuciones. Esta mujer le estaba obsesionando, no podía quitársela de la cabeza, pero tampoco podía definir que tipo de sensación era la que le obligaba a buscarla, seguro que

amor no; se reía ante la posibilidad de enamorarse de una mujer en la situación que estaba viviendo y no porque ella no fuera hermosa –que lo era y mucho– no se resistía a imaginarla con unos vaqueros y camiseta ajustada, con un vestido, o algo que mostrara sus formas; un misterio difícil de adivinar era el cuerpo que se escondía bajo esas ropas harapientas; lo imaginaba fuerte por el duro trabajo diario, pero al mismo tiempo femenino y delicado; el pelo rubio rojizo salía en mechones muy rizados bajo el pañuelo negro que llevaba en la cabeza. No, no era amor, tampoco reconoció ese sentimiento que siempre fue para él más fuerte que las ganas de enamorarse: enamorar, era la parte que más le gustaba.

Realmente lo que sentía era compasión, ganas de ayudarla y de conocerla. Deseaba hablar con ella y sentía una enorme impotencia –¿cómo se hace aquí?, no hay cine, ni discotecas, ningún sitio público me vale– pensó sarcástico y sorprendentemente contento; por supuesto imposible escribirle notas, no sabría leer. Quería abrazarla muy fuerte y darle consuelo. Hermana, esa fue la palabra que sintió, así como un latido que inunda milímetro a milímetro el cuerpo y pone una sonrisa en el corazón, la sentía hermana –y nunca tuve una hermana, bueno, al menos no la conocí– pensó recordando a su madre.

El viajero aún no sabía que ella sentía lo mismo. Ese hombre había venido a perturbar su existencia, no sabía si prefería la vida monótona de antes de que él apareciera o al contrario la excitación que sentía cada vez que lo veía y que le hacía emocionarse y alegrarse por dentro. Era divertido notar como la seguía o la esperaba detrás de una esquina. Hacía demasiado tiempo que no tenía relación alguna con nadie del pueblo y que alguien fuera amable con ella le resultaba un privilegio del que no disfrutaba casi nunca.

La tarde que tomó la iniciativa él volvía de su paseo y ella salía por la puerta de su casa, al encontrarse ella dijo en un susurro –cuando sea noche cerrada dejaré abierta la puerta– y la señaló con la mirada. Le dejó atrás y con su cántaro apoyado en la cadera avanzó calle arriba alejándose deprisa.

Él quedó patidifuso, –¿he oído bien?, me acaba de invitar a su casa, ¡qué tía!. Está como una cabra, qué lío más peligroso, aquí se apedrea a la gente por eso, pero ¡qué ganas!–. Pasó el resto del día pasmado, se sentía aterrorizado y fascinado, unos ratos lanzado y dispuesto, otros abandonaba la idea por loca y descabellada. Después de tanto vaivén ya parecía definitiva la decisión de ir, miraba por la ventana el día ya atardecido pensando cuando estaría seguro de que la noche había llegado. Para calmar sus nervios y esperando a que la oscuridad fuera total aguantó más tertulia que la cotidiana con el Prior y este último ya no podía con su cuerpo. Aprovechó una de sus cabezadas de última hora para rellenarse hasta el borde el vaso con vino dulce, esta noche la necesitaría y Palomino no era amigo de abusos y no pasaba de un sorbito y eso porque era muy bueno para hacer la digestión .

Se despidió hasta el día siguiente y salió a la calle. La noche era en verdad cerrada como boca de lobo, no podía ver nada, hasta que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad anduvo tanteando las paredes y paso a paso fue acercándose a la calle donde vivía María Manuela. Su pulso se estaba acelerando y la respiración le congestionaba el pecho, el miedo le estaba dejando paralizado, los aullidos de los perros lejanos y los ruidos en el silencio de la noche le agarraban las piernas; tentado estuvo con la idea de volver a su seguro refugio, podría encontrarse a alguien –la idea le aterrorizaba– pero algo le impulsaba a continuar y ya estaba muy cerca. El pánico y la emoción se hicieron

palpables en una excitación arrolladora que parecía que iba a hacer estallar sus pantalones, –maldita sea– no pudo pensar ni evitarlo; su cuerpo respondía así a la presión emocional a la que estaba siendo sometido, hacía mucho tiempo que sus sensaciones estaban conteniéndose, no había tenido estímulo alguno capaz de producirle algún ardor sexual y ahora toda la pasión contenida brotaba en placenteros estremecimientos de un cuerpo que había estado muerto demasiado tiempo y que ahora por cuenta propia había elegido el momento para explotar. Con la espalda apoyada en la pared, respiró profundamente y no pudo más que reírse de sí mismo –mírame aquí como un adolescente inseguro y aterrizado– sintió que el nerviosismo había desaparecido y se creyó seguro para empujar aquella puerta que sí, estaba abierta.

Ya había entrado, ella le esperaba y los dos cara a cara tardaron unos segundos –que parecieron muy largos– en decidir dejar de mirarse, no hicieron falta palabras para que los dos entendieran que no eran sus cuerpos, tampoco el amor; sólo buscaban compañía, como dos náufragos desesperados que se encuentran el uno al otro. Fue él quien rompió el hielo y preguntó si estaba segura de que no había ningún problema en dejarle entrar a su casa, ¿y tu marido– se atrevió a expresar la que era la más importante de sus dudas, ...y la pequeña?–añadió.

El hombre está en la taberna, ya habrá terminado con el dinero que llevaba y estará borracho. Volverá cuando acaben las partidas y amanezca, mañana es domingo y no se trabaja, no sufráis que he puesto la tranca. La niña la tengo siempre cuidando de mi madre, así no tiene que ver ni oír, las cosas...

Parecía tan frágil ahora, con su cuerpo menudo y nervioso, queriendo explicar sin saber como. ¿Queréis algo de beber?– preguntó ofreciéndole un asiento en la mesa, ella se sentó enfrente de él y le ofreció un trago de aguardiente –aggggg, qué fuerte está, es alcohol puro– dijo, ella tomó su vaso de un trago, como si fuese agua fresca.

A la luz del candil, la cuerpa era la mujer más hermosa que había visto nunca; sus ojos brillaban aún más si alguna lágrima aparecía y lentamente resbalaba por su cara. Aquella primera noche, después de los iniciales minutos llenos de perturbación e inquietud consiguieron que fuera agradable hasta el aire que les rodeaba, hablaban sin dejar ni un momento de silencio, hubo risas, pero ganaron las lágrimas. El la dejó hablar, parecía asombrada de oír su propia voz –sólo hablo con la niña– justificaba; casi no sabía expresarse, le ayudaban los comentarios del hombre, a los que asentía, con los que se sentía identificada y se llenaba de asombro al ver que alguien y más aún un hombre pudiera comprenderla tan íntimamente. De esa manera fue como describió la primera vez que su marido le pegó una paliza, recién casados estaban cuando ella se olvidó de retirar la comida del fuego y sólo lo recordó cuando de la casa salía una negra humareda; en esos momentos llegó el hombre del campo, hambriento y cansado, pero aún con las fuerzas necesarias para pegarle hasta que se cansó. Ella no supo si le dolía mas el cuerpo o la dignidad cuando le contó a su madre el suceso y esta le respondió que era su obligación aguantar y disimular porque el hombre tiene derecho a estar bien cuidado y a poner orden cuando la mujer no hace las cosas en condiciones; hija mía esa es la cruz que tienes que llevar sin queja. Tenía quince años cuando comenzó su infierno, ahora no tenía tierras ni honra y vivía en una casucha vieja que le prestó su padre para no verla en la calle.

Él no sabía que decirle para consolarla, de nada habría servido contarle que casi cuatrocientos años después seguía habiendo hombres maltratadores, con la diferencia de que no era lo habitual ni estaba bien visto, aunque las mujeres lo seguían sufriendo con la misma impotencia; en ocasiones ni la protección de la policía servía para salvarles la vida. Pensó que sí le habría gustado saber que llegaría un día en que las mujeres merecerían el mismo respeto que los hombres, tendrían el mismo derecho al trabajo, a la independencia económica, a elegir el amor o a rechazarlo; cosas que habían sido muy difíciles de conseguir y aún no se cumplían con todas las garantías— de qué le serviría saberlo, sufriría más— pensó. La vio insignificante, injustamente aplastada por el peso de la historia, el tiempo que arde y no deja cenizas. Ella moriría sin que nada cambiase, ¡qué bueno sería que no se perdiese el futuro!

A la primera noche compartida siguieron otras y por San Juan “el hombre” —resultó que era “el cavernícola”—se fue a trabajar de jornalero a las tierras del Marqués. La siega iba a empezar, él había perdido en el juego todas las propiedades que heredó y hasta que no murieran sus suegros y recibiera su parte, tenía la obligación de buscarse el sustento como bracero acudiendo a las fincas que necesitaban trabajadores por temporadas. Lo único que la pobre María Manuela se atrevía a desear en su miserable vida era que llegase el verano, se iba el esposo y estaba fuera meses enteros. Ella traía a su hija a casa y las dos compartían los días con tranquilidad y paz.

El verano era otra manera de vivir; todos trabajaban en la siega de los campos, salían al amanecer y volvían al caer la tarde cansados y sudorosos por el duro esfuerzo realizado bajo el sol; volvían arrastrando las sandalias de esparto por los caminos polvorientos y cantando coplillas de la siega; al anochecer salían a las puertas de las casas y se reunían los vecinos en animada tertulia, aún tenían ganas de diversión.

Miguel y María Manuela compartían ahora más momentos; igual por la mañana él saltaba la tapia del corral que por la noche entraba en la casa cuando ya todos se habían serenado y dormían preparándose para la nueva jornada en el campo; lo hacía cuando la niña se había dormido y la madre le enseñaba orgullosa los papeles que había escrito ese día. Cuando despertara al día siguiente la chiquilla encontraría una sorpresa; el cura había comprado material nuevo de oficina —por llamar de alguna manera a las plumas, tinteros y papeles que había traído en su último viaje— y Miguel se había guardado algunas cosas viejas para la pequeña, aunque la madre que ya no podía resistir la tentación, pidió que le dejara aprender a escribir aunque sólo fuera su nombre, él garabateó sus iniciales con una caligrafía vistosa y elegante M.M. y le dijo —estas son las iniciales de tu nombre: —Mujer Maravillosa—, señalando una inicial al decirle cada palabra; ella sonrió mientras hacía un esfuerzo por coger bien la pluma y repetir las iniciales, se acercó el papel al corazón cuando acabó y él le dijo que estaba muy bien para la primera lección.

La noche más triste estuvo adornada con una hermosa luna llena, los dos salieron fuera, dieron un paseo nocturno por los olivares cercanos, pararon junto a un enorme limonero y se sentaron a disfrutar del fresco de la noche.

Ella preguntó: —¿Si subo a una montaña muy alta podré estar más cerca de la luna y tocarla?

Criatura inocente–pensó él mientras le decía –yo he subido algunas montañas bastante altas y aún está igual de lejos.

La cara de ella se quedó tiste, como una niña que sufre una decepción cuando descubre que sus sueños no pueden hacerse realidad. La luna iluminaba sus ojos y Miguel sintió un escalofrío –esta belleza es un espejismo, no puede ser real– pensaba cuando ella añadió:

–Muchas veces le pedí la muerte, pero no me hizo caso, ella siempre me habla de vida; cada vez que desaparece vuelve a nacer y se hace grande y redonda; es la dueña de la existencia de todos los seres, como éste árbol– dijo acariciando una de sus olorosas ramas– Lo llamo el limonero mágico de las lunas; cada nuevo círculo de la vida sale un nuevo brote, un pequeño limoncillo que crece acompañado por los otros más grandes, los que aún son verdes y los más viejos de otro verano que son ya amarillos. Fue la luna la que me habló una noche y me dijo que dentro de mi vientre estaba esperando la vida, temía cada vez que no me quedaba preñada porque era una paliza que se me venía encima. Sabía que no era yo la que estaba seca... Tú no has sido el primer hombre que dejé pasar a mi casa.... – añadió mirándolo fijamente– Tres veranos después de casada, en cuanto el hombre se fue a la siega invité a un cómico que andaba por aquí en las fiestas de San Juan y me galanteaba. Yo sólo lo quería para que me hiciera un hijo –su mirada se entristeció con el recuerdo–, la primera fue niña y nació muerta; pobrecilla, que no pudo aguantar los palos que me dio cuando ya me quedaba poco para el parto. Al verano siguiente volví a hacer lo mismo y esta vez nació María Manuela, la única cosa que me ha alegrado la vida, la quiero más que a nada, dos veces la quiero por todo lo que no pude querer a la otra, si ella se ríe yo soy feliz y todo lo cambio porque ella no sufra.

Sus palabras, le llegaron al alma y le hicieron reflexionar sobre su propia vida. Nunca había entendido a su madre y la relación entre ambos era cada día peor, cuando era pequeño la odiaba porque le hacía sentirse ridículo y avergonzado delante de sus amigos. Era demasiado sobreprotectora, nunca reconoció que él había crecido y aunque su vida no era nada ordenada, no soportaba que ella siguiera viniendo a su casa cuando él no estaba para ver si todo estaba limpio, llenarle la nevera y dejarle hechas sus comiditas preferidas. Cuando se separó la cosa empeoró, llegaron a discutir y él le quitó las llaves de su casa. Su madre siempre le había hecho sentirse culpable por algo que había sucedido antes de que él naciera. Su hermana murió en un accidente, se asomó a la ventana más alta de la casa del pueblo al que solían ir de vacaciones y en un descuido se cayó. La madre nunca pudo perdonarse a si misma, pero tampoco habló jamás con él de ese tema; parecía como si ella pudiera borrarlo de su memoria si le daba a él todas las atenciones y caprichos, lo malcriaba atendiendo a todos sus antojos y dándole todos los mimos. Pobrecilla –pensó– debió sufrir demasiado por eso y nadie le ayudó a que su conciencia estuviese en paz. Si pudiera hablar con ella...aún podría ayudarla y eso me serviría también a mí.– pensó entristecido– y por primera vez consciente de lo fuerte que puede ser el amor de una madre por sus hijos aunque a veces no se encuentre la mejor manera para expresarlo.

Saliendo de esos tristes pensamientos, él le preguntó con una pícaro sonrisilla:– Y ese hombretón ¿qué tal es? ¿le quieres?

Ella se sonrojó y le dijo: –me alegra cuando viene, pero no quedo triste cuando acaba la feria y se va, al principio me moría de temor y pensaba que Dios me castigaría por tanta

desvergüenza, pero pensé que no hay para mí castigo peor que el que ya tengo y en cada ocasión que pude aprendí a disfrutar con él, me hace sentir hermosa y mujer. Con mi hombre nunca sentí nada que no fuese asco, cada vez que me busca sólo puedo cerrar los ojos y esperar que acabe pronto, volver la cara para no sentir su aliento de borracho y quitármelo de encima cuando a veces ni siquiera tiene alientos para retirarse cuando acaba lo suyo y se queda dormido.

–Álvaro es un hombre de mundo –prosiguió–, ha viajado y conocido a muchas mujeres, es apuesto y buen mozo– dijo un poco orgullosa– y dice que no ha conocido mujer más bonita que yo y más fresca....–se sonrojó– aunque será lo mismo que dice a todas; me hace cosas que no podría contarte sin que pensaras que soy una descarada, pero él dice que Dios creó nuestros cuerpos para disfrutarlos enteros, de los pies a la cabeza y bien que me sabe buscar el regocijo que está escondido en todos los rincones. Con él siento que algo así no puede ser pecado, que si es hermoso un cuerpo porqué no se debe contemplar, tocar, besar y gozar de incontables maneras diferentes.

El la miró boquiabierto y sorprendido y le dijo:– pues no sabes lo que me alegro por ti, al menos has tenido ocasión de descubrir el placer, aunque es una pena que lo disfrutes sólo una vez al año.

–Bueno, me dijo que yo sola...–se detuvo avergonzada– no sé como contarte... que tenía que asegurarse de que pensaría en él cuando se marchara y me enseñó como podía hacer que mi cuerpo se complaciera igual o mejor que cuando estaba con él...

–Ja ja ja– se rió a carcajadas con lo que acababa de decirle; ella se enfadó y le dijo que no tenía que haberle contado nada, que no podría entenderlo y además se burlaba de ella.

–No, hermanita– fue la palabra que eligió para bajar mentalmente la temperatura que se le había elevado más de lo que pudo desear al imaginarla tan salvaje y natural como debía ser en esos momentos de pasión, con su pelo rubio revuelto y dando rienda suelta a su fogosidad en privado. Ufff, chiquilla, –dijo sonriendo– me rió porque en toda la vida me habría imaginado esas cosas que me has contado, pero no sufras, me alegro mucho por ti, no sabes lo feliz que me hace que tengas algunas de esas cosas buenas en tu vida. La abrazó muy fuerte, como si pudiera transmitirle todo lo que estaba sintiendo por ella y al mismo tiempo fuera suficiente para rescatarla y salvarla de todo aquello.

Su mente voló muy lejos, como deseaba ahora abrazar a Eva, sus recuerdos eran más intensos que lo fue nunca la realidad que vivió con ella, en su memoria el deseo era más fuerte, el amor más profundo. Y le dije que querer era egoísta, se podrá ser más imbécil–pensó.

Fue entonces cuando, tal vez porque él se quedaba callado y no dejaba de abrazarla que se atrevió a preguntar:

–¿Tú has amado a alguna mujer?.

–Sí – él mismo se quedó sorprendido de la seguridad con la que habló– pero ella ya no está.

–¿Murió?– dijo ella con la seguridad de que eso sería lo que pasó, lo corriente en su mundo, que la muerte de una mujer fuera de lo más cotidiano– ¿la querías mucho?

–No murió, pero donde vive ahora no puedo buscarla, está demasiado lejos. Por muchos años que pasaran no podría volver a verla.

–Y qué se siente cuando quieres de esa manera.

–Ella me lo explicó y yo no supe escuchar, una vez hablamos del amor; me dijo que escuchara una música en la que se podía sentir sin palabras todo lo que quería decirme, demostrarme que es algo tan grande y a la vez tan sencillo como la paz y armonía de tu mente con la naturaleza, eso está escrito en todas partes y sólo consiste en entenderlo y dejarse llevar por lo que te dice el corazón.

–Sí ella era así –prosiguió– se parecía mucho a ti, natural y sincera, entregada en todo, con sus amigos, con la familia y más que nada con el amor. Destapó su alma conmigo, así me entregó todas sus armas, me contó sus más íntimos secretos y yo no pude hacer otra cosa que usarlas contra ella. La noche que escuchamos aquella música sentí que algo en mí despertaba pero tuve tanto miedo que me escondí como un cobarde miserable en lugar de plantarle cara de una vez a todo lo que siempre he guardado dentro y no sabía que era una enfermedad que sólo me hacía daño y estaba destrozando mi vida.

Pensó que tal vez “*la cuerpa*” no había oído en su vida más que la guitarra, la flauta y como mucho la zanfoña con la que había visto a los cómicos acompañar sus versos y coplillas, por eso buscó las palabras exactas para hablarle como mejor pudo de aquellas notas.

–Es una melodía muy bella, la escribió Bach – sí... ya sé, no pongas esa cara no lo has oído nunca, seguro– es un concierto para dos instrumentos, los dos tienen un sonido triste; uno es el oboe, su voz es como el viento en una mañana de otoño, acaricia y abraza como el aire que mueve las ramas de los árboles y deja caer dulcemente las hojas muertas; el otro es el violín, suena rasgado y profundo, como un arroyo de agua clara o la lluvia del verano. Escucha:

–Primero habla él, despacio, tímidamente; ella le contesta mientras acaricia su pelo e inclina la cabeza cerrando los ojos para recibir los besos de él en su cuello; coge dulcemente su mentón, besa sus párpados, su frente, sus mejillas y muy despacio su boca; juegan lánguidamente, hablan por turnos, besan con orden; poco a poco las preguntas son más frenéticas, las respuestas más intensas, más largas e íntimas; ambos se buscan y se persiguen, tocan con desesperación; susurran a la vez y repiten un ritmo interminable y casi monótono del que no quieren salir. Parecen ya desfallecidos, se apagan lentamente hasta que renacen en un vértigo sublime, unidos en la perfección de un éxtasis de armonía; es en ese momento, están fundidos en un abrazo y pueden tocar la luna.

Quedaron callados la palma de él junto a la de ella, los brazos estirados hacia el cielo.

–Debió amarte mucho. Es una mujer afortunada.

–Ella no diría lo mismo –dijo– la mayor desgracia que ha podido tener en su vida fue conocerme, sólo la hice sufrir. Espero que al menos pueda recordarme sin odio.

–Vayámonos que ya es muy tarde, mañana es domingo y comienzan las fiestas de la Virgen. Habrá mucho trabajo en la iglesia– dijo ella– y era cierto, últimamente arrastraba sueño y cansancio, pero nunca había sentido tantas emociones juntas y no quería desaprove-

vechar ni un segundo. Con el brazo de él sobre sus hombros subieron despacio por el camino que les llevaba a sus casas.

A la mañana siguiente le despertaron unos golpes en la puerta de la casa del Prior; no hizo mucho caso e intentó seguir durmiendo un rato más aunque ya hacía al menos una hora que el gallo había cantado y estaba harto de oír a los ratones correteando por todas partes. Un rato después le volvió a despertar la campana de la iglesia, no eran los repique-teos alegres del día anterior que pregonaban la gran festividad que tendría lugar al día siguiente, estos eran tañidos de muerte; la campaña tenía un sonido casi ridículo, pero aquel repiqueteo fúnebre le hizo sentir un escalofrío, nunca había oído una campana que pudiera sonar más triste.

Cuando al fin se levantó llegó a la casa del cura y le vio dejar unas monedas en la caja de caudales. Miguel preguntó por los golpes de la puerta. Palomino contestó:

–Un pobre diablo que quería confesarse por una muerte. Le di la absolución y me contó el suceso.

El corazón se le subió a la garganta y le asfixió un presentimiento. Continuó escuchán-dole sobrecogido.

–Dice el muy zopenco que vino de la siega después de estar casi dos meses sin ver mujer y tenía hambre de hembra –malo es alimentar el seso tantos días sin que el cuerpo desfogue– me dijo– y solicitó a la mujer que le respondió que no tenía buen cuerpo –¿es la cosa?– dice que le preguntó y ella le dijo que no, que estaba mala. El hombre que no enten-diendo ningún otro motivo por el que la mujer se pueda negar con razón, zanjó la cuestión tomándola por la fuerza como era su derecho y debió acompañarla también de algunos golpes más fuertes que los corrientes porque la reventó y la dejó sin conocimiento. Era María Manuela, “*la cuerpa*” aquella pobre criatura por la que me preguntasteis. He pensan-do bien el asunto, aquello del alma fue trato y palabra de hombres, que no de Dios, que sea él quien la juzgue y decida si es digna de compartir un espacio a su lado allí en el Cielo; he decidido darle cristiana sepultura y que ese animal encuentre paz en su alma; para com-prarla me dio todas las ganancias de la siega por una misa y un entierro.

Aquel día lo pasó como un espectro, sin creer que era cierto lo que había pasado, buscó un momento para pasar por la calle donde ella vivía y se acercó al ver personas en la visita propia de cuando hay muerto. Allí vio a la niña que se acercó a él y le dio un papel doblado, lo guardó en el bolsillo le acarició el pelo con un amor y una pena infinitas y se alejó. Lloró amargamente por la calle, sin vergüenza, no pudo parar en todo el día. Se encerró incrédulo y sin ganas de seguir viviendo ¿qué haría allí sin ella?, nada podía pensar, sólo llorar, no le consolaba saber que ella había muerto porque por una vez tuvo coraje, la mató su orgullo y ese era el peor de los defectos que podía tener una mujer. Él había abierto una rendija en su mente, una vía de escape; la había hecho sentirse la dueña de su destino y ahora estaba muerta. No podía alejar de su mente la idea de que en cierto modo él era culpable.

Tenía los ojos hinchados y enrojecidos cuando ya casi de madrugada cayó en un sueño plagado de inquietud y desasosiego.

III

Como cada mañana le despertó el canto del gallo –¿qué le pasa hoy a Plácido, se ha quedado afónico?, antes de que a su mente acudieran los terribles recuerdos del día anterior, se despezó. Había soñado que estaba en una cama blandita, tapado con un ligero y cálido edredón de plumas y que no habían interrumpido su sueño las picaduras de los piojos y los chinches. ¿Y ese gallo estúpido? –dijo abriendo los ojos al fin, la penumbra de la habitación fue dejando paso a unas imágenes que de pronto le sacudieron: un armario, el cuadro de Klint...De un impulso se incorporó y se quedó mudo al ver la que hace mucho tiempo fue su habitación, en la mesita de noche sonaba la alarma del móvil, había elegido –entonces le pareció muy gracioso– la alerta de un gallo como despertador, sonaba repetitiva y ridícula.

–Todo ha sido un sueño –gritó– Lo primero que hizo fue al baño a mirarse en el espejo y no consiguió estar seguro de si la cicatriz que tenía en la frente había estado siempre allí, tenía los ojos muy hinchados y llenos de legañas, pero aquel era su lavabo con su reflejo, cuánto tiempo sin ver mi cara, parece que todo ha sido tan real.

Enseguida miró el calendario de su agenda, tenía prevista una cita en Cabra del Santo Cristo, puso también las noticias de la tele, el teletexto, no había duda posible, era el día 19 de enero del año 2005; tuvo que sentarse porque no podía dar crédito a lo que le estaba pasando.

Cuando al fin pudo serenarse y paró de ir de un lado para otro como un loco volvió al baño a darse una larga ducha caliente, la disfrutó como si nunca lo hubiera hecho antes y se puso a vestirse con la ropa que dejó preparada la noche anterior.

–Elegiré otra, a esta le tengo algo de manía, ¡la he llevado puesta tanto tiempo! –dijo mientras guardaba aquellas prendas en el armario y cogía otras–

Antes de salir necesitó un café, lo disfrutó sentado en la mesa de la cocina, sintiendo el agradable calor de la taza en sus manos. Haré también la cama, esta noche le diré a mamá que venga a cenar, haremos las paces y quiero que todo esté en orden– pensó.

Al levantar el edredón vio en el colchón un papel sucio y arrugado, al desplegarlo casi se desmayó de la impresión, se sentó en la cama; era un dibujo de “*la cuerpa*”. Había reproducido uno de los grabados que él le dio, era una mujer desnuda al lado de un árbol en el que había una serpiente liada en su tronco, ella tomaba una manzana de una de sus ramas, debajo había escrito: Eva en el Paraíso y lo había firmado con dos elaboradas M y dos palabras que había conseguido escribir ella sola: Mujer Maravillosa.

Asomaron las lágrimas de nuevo, pero esta vez no había dolor alguno en ellas, sintió consuelo. Supo que allí donde estuviese ella estaba bien y siempre le acompañaría. Su hermana le había enseñado las cosas más importantes de la vida y que no había sabido aprender sólo y él la tendría siempre en su mente para no olvidar que amar es lo único que puede salvarnos de nosotros mismos, de nuestros fantasmas y obsesiones, de nuestros miedos e incertidumbres.

No pensó, llevado por un irreprimible impulso marcó un número de teléfono. Al otro lado respondió una voz de mujer entre somnolienta y alterada: –¿dígame?–

–Te necesito –dijo él

–No puedes esperar a que lleguemos al trabajo, son las siete y media de la mañana.

–No, te necesito en mi vida, te quiero.

Al otro lado hubo un silencio, después dijo –deberías pensarlo bien, tómate un tiempo y ya hablaremos–

–Ya he perdido demasiado, vístete, te recojo en media hora, te llevaré a un sitio fantástico– colgó antes de que la mujer pudiera responderle.

Conducía despacio, disfrutando de aquel maravilloso paisaje, a lo lejos los picos nevados de las montañas, dentro del coche el aire era cálido y sonaba aquella canción, la tarareaban cuando sus ojos se encontraron.

–Tu mirada es diferente.

–Eres tú que ahora puedes verme– dijo ella.

Tras cada curva de la estrecha carretera esperaba ansioso ver aparecer un campanario, una muralla o castillo que le indicase que ya estaba cerca.

